

descarnada mano y en ella parecía que ocultaba su hermosa cabellera rubia. Jamás olvidaré el grupo angelical de estas dos mujeres.

Era su habitación alta de techo, clara, de una sencillez exquisita, y sin que nada despertara dentro de ella ideas de tristeza, de enfermedad, y aun menos de muerte. Hermosas flores, suave calor hábilmente dispuesto, y por la ventana penetraba el sol de invierno y se divisaban los árboles.

—Hablen ustedes los dos—nos dijo;—y como á mí me lo han prohibido, haré con mis manos signos de asentimiento cuando digan ustedes algo notable.

Así transcurrió algún tiempo, y en el momento de marchar, al besar su mano, hubo de percibir sin duda un yo no sé qué involuntario en mi expresión, conmovida y penosa en esta despedida. Y entonces sus grandes ojos interrogaban los de su amiga; después los míos, como preguntándonos si realmente creía yo no volverla á encontrar viva en el año próximo cuando la guerra concluyera.

Forjábanse ilusiones acerca de su estado mujer tan animosa, no precisamente sobre la gravedad,

sino sobre la duración de su mortal padecimiento. Convencida por célebres médicos, habituados á engañar á sus pacientes fingiendo hablarles con la mayor sinceridad y por medio de términos técnicos, pensaba aquella noble señora que todavía le quedaban cuatro ó cinco años de gozar las cosas de la tierra, y que por esta razón le sobraría tiempo para llevar á cabo reparaciones empezadas en su finca del Perthuis y disfrutar de ella uno ó dos veranos, y aun que le sería lícito volver á Egipto al amparo de aquel sol reparador y llegar al Oriente y al Desierto.

Al salir me dijo la Duquesa: «Ya no encontrará usted cuando vuelva á esta *sirena*.» He conservado siempre en mi memoria esta palabra *sirena*, que escrita quizás no suena bien, que tiene algo de pagana, algo de pasada de moda; pero allí, y pronunciada por aquella mujer joven en el sentido de *encantadora* y en la acepción más dulce del *encanto*, era en mi sentir la palabra más apropiada, la que convenía; ninguna otra hubiera servido mejor para pintar aquella moribunda ideal, de hermosos ojos azul gris y cabellos de ondina, y cuya voz apenas

perceptible resonaba como música que se apaga, pero atractiva y como teniendo ya el aire de sonidos que vienen de lo lejos misteriosos y supremos.

Mientras duró la última campaña de China, constantemente me perseguía el temor de no volverla á ver, y eso que sus cartas no me faltaron jamás, aunque cada vez más breves. Su preciosa letra, en otro tiempo tan firme, había cambiado, y más tarde llegaron sólo algunas líneas con lápiz, más anchas y que revelaban claramente un esfuerzo, una lucha que hacía daño.

Y durante mi viaje de regreso, en aquellas largas semanas en que á través de los azules mares de las Indias permanecíamos sin noticia de nuestra Francia, el pensamiento de aquella mujer me perseguía de una manera mucho más dolorosa.

Sin embargo, en Port-Said fuí al consulado, y me entregaron uno de aquellos cortos y queridísimos renglones, los últimos que recibí de su mano.

Helos aquí:

«París, 17 de Diciembre de 1885.

»Confío en que he de ver á usted, mi querido amigo. ¡Cuántas veces, en el espacio de tres meses de graves y continuadas recaídas en mi penosa enfermedad, me he despedido de usted con el pensamiento! Me he sentido muy mal; pero estoy algo mejor, y aunque no espero restablecerme, sí creo que aun podré vivir y *arrastrar* unos cuantos meses.

»¡Cuando usted venga, tal vez me traiga salud y sol en la maleta, y seguramente el afecto de su corazón, que tanto me conmueve y en el que me he detenido los días tristes, aquellos días en que sufría demasiado y horriblemente.

»Cuatro meses hace que no he abandonado el lecho, y paso á paso mi existencia va disminuyendo y estrechando su círculo.

»Su madre de usted cuenta con que estará usted aquí en Febrero..... ¿Podrá usted leer esto que le escribo?.... Lo hago con mucho trabajo. ¡Estoy tan débil!»

Llegué por último á Francia; telegrafíé á París,

y dos horas después supe que aun vivía, con asombro de los médicos, y hasta que se encontraba un poco más aliviada.

El desembarque me obligaba á detenerme en Tolón, cerca de un mes; pero ya estaba yo más tranquilo con esta *mejoría* engañadora, que era la *mejoría* del fin.

Un día recibí una carta que ella había rogado á su marido que me escribiera en su nombre; habíase agravado repentinamente, y los médicos temían que no pasara de la semana, ni quizás del día siguiente. Entonces les anuncié telegráficamente á los dos, que iba.

Era por la tarde, y el expreso de París había salido, siéndome necesario esperar al otro día para ponerme en camino. Me encerré solo en uno de esos albergues de casualidad, y allí pasé una noche sombría.

¿Por qué no me iría yo en los primeros días, en vez de adquirir una tranquilidad tan pronto destruída? Y las horas de la noche se arrastraban con una lentitud penosa, inventando la fantasía los ensueños más absurdos; hasta llegué á creer que

velaba el cadáver de mi excelente amiga en aquella lóbrega mansión.

Cuando llegué al día siguiente y me presenté en su casa, comprendí que aun vivía. Todo había conservado en el exterior su aspecto habitual.

Tenía miedo de verla y la encontré tan cambiada que apenas si era ella misma, y eso que en mi separación ya la había dejado extremadamente delgada, inmaterial, si así puede decirse.

Como siempre, vestida, peinada, rodeada de flores, distinguida hasta el fin, queriendo recibir la terrible visita como gran señora que no siente miedo ni desfallecimiento.

Desde hacía algunos días se conservaba esta preciosa existencia de una manera artificial y á fuerza de morfina, que lo mismo detenía la vida como la muerte. Bien claramente se veía esto fijándose; sus facciones lívidas, transparentes, se habían puesto rígidas é inmóviles, y á excepción de los ojos parecía ya una muerta, muerta linda y ataviada.

Pero sus ojos sí, sus ojos vivían, intensos, dulces, profundos, celestiales y hasta aumentados.

En este sentido era ella todavía la que yo encontraba allí; porque en aquel cuerpo agotado, casi sin movimiento, sin aliento siquiera, permanecía entera esa cosa indefinible que es el alma, la inteligencia. Al verme me dijo: «Gracias doy á Dios por haberme consentido disfrutar de este momento.»

Después de estas palabras hubo un largo silencio durante el cual observaba yo todos los objetos á mi alrededor como si me interesaran grandemente y es que tenía miedo de llorar.

En su elegante habitación nada despertaba la idea de muerte. Al lado de su lecho, colocados al alcance de su mano, algunos *etagères* de laca contenían recuerdos, retratos y mil minuciosidades preciosas de su particular estimación, un vaso con rosas, uno ó dos libros y el incomparable del Evangelio.

En primer lugar hablamos de la vida y de la muerte; ella, como si fuera una iluminada, un espíritu de ultratumba y su voz lo estrictamente perceptible, se dejaba oír en el silencio, entrecortada, anhelosa, pero siempre dulce, y yo la escu-

chaba como voz que no perteneciera á este mundo. Me sentía impresionado de una manera nueva y desconocida ante el espectáculo de esta entrevista suprema, con una inteligencia tan clara, tan *presente* y, sin embargo, tan *lejos* como si tocara ya en las misteriosas regiones del *más allá*.

Parecía preocupada especialmente en evitar á los que quedaban las penosas escenas de las despedidas, de las agonias, y más animosa que nunca, ni aun siquiera consentía que se la viera sufrir; demasiado animosa, porque su valor excedía en mi sentir á las fuerzas humanas, creyendo yo que algo de expansión, lágrimas, le hubieran conve-nido más. Pero no quería, considerando que toda manifestación externa de emociones era una debilidad, y exagerando esta idea en la última hora de su muerte, se hacía rígida para permanecer estoica.

Para someterme y no fatigarla, poco á poco lleve la conversación á asuntos y á terreno más habituales, hablándonos como amigos que tienen mil cosas que decirse, que no se han visto durante mucho tiempo y que han de separarse para mu-

cho tiempo también, y uno de ellos en dirección de un país al cual no llegan las noticias. Informábase ella de todo cuanto yo pensaba hacer, de mis proyectos para más adelante, para el porvenir..... Tratábamos de viajes, de novedades de algunas personas, y en dos ó tres ocasiones la delicada sonrisa de los antiguos tiempos reaparecía en sus labios dando en aquella especie de ironía extraespiritual, cuyo secreto ella sola poseía, y tan lejos de la amargura como cerca de la compasión.

Ya sabía yo que los últimos momentos de esta mujer verdaderamente admirable no podían parecerse á los de ninguna otra, y, sin embargo, la situación me tenía confundido, intimidado; quizá la amara menos, pero sobrecogido por un sentimiento religioso hacia esta criatura elegida, veía cómo marchaba al desconocido final con una serenidad inalterable.

Disponía de dos días solamente para permanecer en París ocupado en esta despedida suprema, y cuando salía de la habitación á la caída de la noche me dijo: «Vuelva usted mañana á cualquier hora, temprano será lo más seguro..... Le recibiré

á usted aun una vez, si llego.....» y á un tiempo su gesto y su mirada revelaban su incertidumbre respecto de aquella última entrevista.

Sus ojos veláronse en seguida tomando un tinte de dulzura tan afectuosa, de tan humana tristeza, que besé su mano con ternura fraternal, su pobre mano tan demacrada de que se caían ya las sortijas demasiado anchas.

Volví con efecto al día siguiente pensando, con el corazón angustiado, que iba á encontrarla por la última de las últimas veces. Su cuarto presentaba el aspecto ordinario, con sus flores y su tranquilidad, pero la muerte había realizado su horrible trabajo durante la noche.

Ya no era la misma; sus ojos aumentados con la morfina, que tomaba á grandes dosis para calmarse, se fijaban en el vacío con expresión de delirio, se hallaba extremadamente agitada, divagaba algo. ¡Al fin estaba vencida!

Por la mañana había hecho que su doncella le cortase el cabello, diciendo que la sofocaba, que la producía dolor de cabeza exasperándola. Se excusaba mucho por presentarse de este modo que no

era correcto; pero tenía todo el aspecto de una reina agonizante con aquella preciosa cabeza cubierta con una especie de mantilla de encaje blanco que sujetaba sus cortos cabellos.

No, no era ella, en estos momentos se preocupaba de viajes para el verano, hablando después de visitas numerosas que había recibido aquella mañana y citando los nombres de personas todas muertas.

Llegó la hora de marcharme y nos despedimos hasta la vista, hasta la primavera, como dos amigos que se hallan seguros de encontrarse bien pronto, y antes de salir de su cuarto me volví para contemplar su rostro por última vez. También fijé la mirada en aquellos salones donde había pasado horas de conversación inolvidable, en todas las cosas arregladas por ella, en la residencia de que fué alma encantadora y en que aun se respiraba el perfume del oriente que puso su exquisito gusto.

Así vivió cerca de seis días. Una mañana en Tolón recibí un telegrama en que me anunciaban su fallecimiento. *El Figaro*, y otros periódicos después, decían «que una de las mujeres más notables de París, la señora Lee Childe, acababa de mo-

rir», etc., etc. Cuando me enseñaron esta noticia, la leí con el corazón enteramente seco, como si se hubiera tratado de alguna otra persona distinta.

.

Pasado algún tiempo visité su tumba y las flores frescas allí depositadas por aquel que aun menos que yo podía olvidarla. Lo estaba viendo y no podía, sin embargo, acabar de persuadirme de que aquella mujer tan singular, aquella amiga verdaderamente inapreciable, habitaba ahora aquel sitio, y que su mirada, tan clara, tan penetrante, se había extinguido para siempre debajo de la tierra que cubría sus restos.

Nos veíamos poco, pero estábamos siempre en constante comunión intelectual, y pareceme aún hoy que esta comunión no ha desaparecido, hasta el punto de que con frecuencia pienso en mi interior: le diré esto ó aquello; la consultaré con tal ó cual motivo, y espero leer en alguno de los sobres que el correo me trae su elegante y hermosa letra.

PIERRE LOTI.